

ELGIN EN CHINA

Hoy en día, el imperialismo, recién restaurado, se está presentando como la respuesta progresista a los problemas de desorden planetario. Descartando eufemismos convencionales, los ideólogos oficiales y los medios de comunicación de la clase dirigente –desde el antiguo factótum en seguridad internacional de Blair en *Prospect* a los creadores de opinión del *Financial Times* y del *Foreign Affairs*– celebran ya públicamente el retorno del imperio occidental en todo el mundo¹. Consagradas al servicio de los derechos humanos y de los mercados libres, las operaciones militares se desarrollan sin escrúpulos acerca de sus consecuencias. Mientras, llueven las bombas sobre las poblaciones civiles de Irak, Yugoslavia o Afganistán o se sepulta a los palestinos en su propia casa, y se habla a lo sumo con voz cansina de «daños colaterales», lo cual, de hecho, tal como ha reprobado un entusiasta, se «evitó, casi rayando la pedantería», en la operación Libertad Duradera². En comparación con tal sensibilidad contemporánea, la guerra abiertamente colonial del siglo XIX pudo en ocasiones mantener una trayectoria más honorable. Si bien sus agentes estaban igualmente seguros de la superioridad moral de su misión, algunos, al menos, se sentían desazonados por la miseria que causaban.

No hay historia más instructiva a este respecto que la de la carrera profesional de James Bruce, octavo conde de Elgin y Kincardine. Destinado a China a finales de la década de 1850 en calidad de plenipotenciario británico a la cabeza del cuerpo expedicionario anglo-francés –el hombre enviado para meter en cintura a la dinastía Qing–, a Elgin gran parte de lo que se le exigía hacer no le resultaba nada grato. Aunque una mezcla de interés propio y de privilegio imperial hizo, no obstante, que no dejara nunca de estar a la altura de las circunstancias, sus cartas y diarios ofrecen unos apuntes de incomparable franqueza sobre la psicología del imperio, que suponen una útil y perspicaz comprensión de uno de los conflictos británicos más importantes, pero menos conocidos, del siglo XIX: las guerras contra China de 1857-1858 y de 1860.

¹ Robert COOPER, «The Next Empire», *Prospect* (octubre de 2001); Martin WOLF, «The Need for a New Imperialism», *Financial Times*, 9 de octubre de 2001; Sebastian MALLABY, «The Reluctant Imperialist», *Foreign Affairs* (marzo-abril de 2002).

² Christopher HITCHENS, «The Ends of War», *The Nation*, 17 de diciembre de 2001.

«Una línea de hombres-de-guerra ingleses está ahora allí anclada, frente a la ciudad», escribía Elgin, el 22 de diciembre de 1857, ante la ciudad de Cantón:

No me había sentido tan avergonzado de mí mismo en toda mi vida y Elliot [el capitán del barco] comentó que el viaje parecía haberme puesto triste. Allí estábamos nosotros, ¡acumulando los medios de destrucción ante los propios ojos y al lado de una población de cerca de un millón de habitantes, contra los que estos medios de destrucción iban a ser empleados! «Sí», le dije a Elliot, «estoy triste porque cuando miro esa ciudad, tengo la impresión de que me estoy ganando un lugar en la letanía inmediatamente después de “las plagas, la peste y el hambre”. Creo, no obstante, que, en lo que a mí respecta, me habría sido imposible actuar de otro modo a como lo he hecho»³.

El bombardeo de la ciudad empezó finalmente a las seis de la mañana del lunes 28 de diciembre de 1857; día, tal como observó Elgin sin rodeos, de «la Matanza de los Santos Inocentes» en el calendario cristiano. El fuego, anotó en su diario, continuó «sin casi ninguna respuesta desde la ciudad. Detesto todo este asunto tanto que ni me atrevo a escribir sobre él»⁴. Otros no mostraron tantos escrúpulos. El corresponsal especial de *The Times* que acompañaba a la expedición, George Wingrove Cooke, escribió con entusiasmo sobre cómo el bombardeo de los muros de la ciudad había continuado a lo largo de todo el día: «Luego llegó la noche –y ¡qué noche! [...], la ciudad pronto empezó a parecerse a nuestros propios condados del hierro de Shropshire por la noche: se convirtió en una llanura de fuego». Los proyectiles y los cohetes lanzados desde treinta y dos barcos de guerra batieron sin descanso los muros de la ciudad durante veintisiete horas, ofreciendo una demostración espectacular. «Las constantes lluvias de cohetes», continuaba relatando Cooke, «hicieron que las llamas subieran y bajaran los muros de la ciudad y, en un lapso de tiempo increíblemente corto, la larga y delgada línea de fuego se disparó por los cielos». Cohetes vengativos «llegaban, atravesando la luz de la luna como un rayo, a algún punto del muro oriental [...]. Parecían llevar el fuego consigo como si se tratara de un dócil elemento»⁵.

El bombardeo desmoralizó completamente a los defensores de la ciudad y, según el secretario de Elgin, Laurence Oliphant, mató a unos doscientos civiles, con un efecto terrible «sobre determinadas partes de la ciudad». Cuando las tropas anglo-francesas asaltaron los muros el 29 de diciembre, no encontraron más que una resistencia inútil y tan sólo sufrieron «pérdidas sin importancia»: los británicos tuvieron ocho muertos y setenta y un heridos; los franceses, dos y treinta, respectivamente. Oliphant siguió el

³ Theodore WALROND (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, Londres, 1872, p. 212.

⁴ *Ibid.*, p. 214.

⁵ George WINGROVE COOKE, *China: Being The Times Special Correspondence from China in the Years 1857-1858*, Londres, 1858, pp. 318-319.

asalto desde el montículo de la santabárbara. Lo que le resultó más impresionante fue

aquel imponente silencio, la ausencia de todo movimiento por parte de una población de un millón y medio de habitantes que permanecía como sepultada dentro de los muros de la ciudad, cuyas mismas pulsaciones parecían detenidas por los horrores de la noche anterior y cuyo único deseo, si es que podían llegar a pensar, parecía ser que sus conquistadores olvidaran el simple hecho de su existencia.

Se había logrado intimidar a los cantoneses. Toda la maniobra había sido, al parecer de Oliphant, sumamente satisfactoria y había hecho «profunda mella en una población cuya habitual insolencia hacia los extranjeros había hecho extremadamente deseable hacer que se dieran cuenta del poder que poseíamos»⁶.

Un «peeliano»⁷ en Jamaica

¿Qué tipo de hombre era el octavo conde de Elgin, a quien se había encomendado la imposición de las exigencias británicas sobre el emperador manchú? James Bruce había nacido en 1811 como hijo segundo del séptimo conde de Elgin, Thomas Bruce, quien, siendo embajador en Turquía, había adquirido los mármoles del Partenón. Esto no sólo le había valido los improperios de lord Byron, que dedicó su poema «The Curse of Minerva» [«La maldición de Minerva»] al hombre que describía como «un obscuro chacal»; dejó asimismo a la familia absolutamente endeudada⁸. Los Elgin nunca habían sido ricos. La renta que la familia obtenía de su patrimonio en Broomhill, Escocia, era de sólo 2.000 libras esterlinas al año, «una suma miserable para un hombre de su clase y que no hubiera atraído ni a la más sencilla de las heroínas de Jane Austen»⁹. Hacia 1812, las deudas sobrepasaban las 120.000 libras esterlinas. Después de Eton¹⁰ y de Oxford, donde se licenció en filología clásica y fue elegido para una beca de investigación Merton, James se dedicó a restituir la fortuna de la familia explotando las minas de carbón de Broomhill.

⁶ Laurence OLIPHANT, *Narrative of the Earl of Elgin's Mission to China and Japan*, Edimburgo, 1861, p. 130.

⁷ *Peelite* en el original: término por el que se conoce en Gran Bretaña a los defensores del hombre de Estado conservador británico y primer ministro en dos ocasiones (1834-1835 y 1841-1846) sir Robert Peel (1788-1850), en especial cuando su abrogación de las proteccionistas Leyes del Cereal [*Corn Laws*] (1846) provocó una escisión entre los conservadores que, finalmente, acabó forzando su dimisión [N. de la T.].

⁸ Sydney CHECKLAND, *The Elgins*, Aberdeen, 1988, p. 87.

⁹ William St. CLAIR, *Lord Elgin and the Marbles*, Oxford, 1983, p. 143.

¹⁰ Eton College: colegio privado exclusivamente masculino, próximo a Windsor, Berkshire, quizá el más famoso de Inglaterra, fundado en 1440 por Enrique VI para preparar a los alumnos para el King's College [Escuela Superior] de Cambridge [N. de la T.].

En 1839, se abrió una nueva mina en Wallsend, «una de las más grandes y profundas de Escocia», y la familia estaba ya empleando a 600 mineros, que producían 60.000 toneladas de carbón al año. Los Elgin tenían conflictos permanentes con su fuerza de trabajo, que tenía propensión a la sindicalización y a las acciones de huelga; tal como lo expresara Elgin, «los mineros se declararán en huelga siempre que la ocasión se muestre propicia [...], cuando se les sube la sangre, no atienden a razones»¹¹. La riqueza del hombre enviado a hacer la guerra a China provenía de la explotación de aquellos que se dejaban la piel trabajando en el subsuelo.

En julio de 1841, James Bruce fue elegido al Parlamento por Southampton como candidato conservador *peeliano*; para entonces, con la muerte de su hermano mayor, era ya heredero al condado. Cuando su padre murió, en noviembre de 1841, tuvo que renunciar a su escaño en la Cámara de los Comunes, pero no pasó a la Cámara de los Lores, pues su título era escocés. En abril de 1842, con treinta y un años de edad, el octavo conde de Elgin fue nombrado gobernador de Jamaica. Habían pasado nueve años desde la abolición de la esclavitud: el llamado sistema de mano de obra «aprendiz» que sucedió a ésta —y que, junto con una sustanciosa indemnización para los antiguos poseedores de esclavos y con la práctica de las palizas, debía garantizar la continuación de la economía de plantación— había quedado restringido en 1838, tras tempestuosas protestas. Elgin se enfrentaba a una situación en la que, tal como lo expresara él, «los braceros se encontraban en una relación de independencia con respecto a los propietarios del capital y de la tierra totalmente desconocida para una clase equivalente en cualquier país totalmente poblado»¹². Dicho ruda-mente: ¿cómo se persuadiría a la población negra de trabajar para sus antiguos dueños? La respuesta, creía Elgin, no debería estribar en la coerción sino en la «educación», en quitar de «las cabezas de todas las clases [...] la impresión de que el trabajo honrado entra de algún modo en contradicción con el pleno ejercicio de los privilegios que confiere la libertad»¹³.

El trabajo honrado, en este caso, se recompensaba con seis míseros peniques al día, mientras que el gasto en educación siguió siendo mínimo. Con respecto a las cuestiones raciales, Elgin resultó un liberal incluyente. Mientras trabajaba con la Asamblea dominada por reaccionarios y colonos, pero en la que los propietarios de color acaudalados estaban también representados, declaró que ésta era «el mejor recurso que se puede obtener para ir transformándose poco a poco en un todo armonioso, en una comunidad compuesta por distintas razas y colores»¹⁴. Su actitud esta-

¹¹ S. CHECKLAND, *The Elgins*, cit., pp. 101-102. Para los mineros escoceses, véase Alan CAMPBELL, *The Lanarkshire Miners*, Edimburgo, 1979.

¹² Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 14.

¹³ J.L. MORISON, *The Eighth Earl of Elgin*, Londres, 1928, pp. 74-75.

¹⁴ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 27.

ba, no obstante, sólidamente determinada por las consecuencias de clase y en sus cuatro años en Jamaica presidió un drástico desplazamiento de la presión de la fiscalidad de los propietarios de plantaciones a la población negra. Esto produciría una importante rebelión fiscal –la revuelta de St. Mary– en 1849, pero, para entonces, Elgin había regresado ya a Inglaterra (primavera de 1846) y había sido nombrado gobernador general de Canadá¹⁵.

Salvar Canadá

Con bastante justicia, Elgin consideraría la puesta en cuarentena de Canadá frente al contagio revolucionario de 1848 como uno de sus logros más importantes, jactándose de «haber conseguido que Canadá saliera ilesa de un año de revoluciones. Si hubiera obrado con arreglo a cualquier otra política que no fuera la que he seguido, nos encontraríamos [...] o bien expulsados de Canadá o bien en una posición sumamente incómoda, quizá en guerra con Estados Unidos». «Ya es algo», observa modestamente, «haber ahorrado al Imperio una conmoción semejante»¹⁶.

La situación política que heredó en esta colonia era el fruto de la respuesta británica ante la rebelión canadiense de 1837. John Lambton (*Jack el Radical*), primer conde de Durham y padre político de Elgin, había sido enviado tras la Rebelión para informar acerca del gobierno de la colonia. Su célebre «Informe Durham» había abogado por la unión del Alto y Bajo Canadá, para asegurar la dominación británica sobre los franceses, y por la introducción de un «gobierno responsable»: un poder ejecutivo que rindiera cuentas ante la asamblea electa en lugar de ante la Corona. Mientras que en 1840 se aprobaba una Ley de Unión, el gobierno responsable continuó considerándose una medida demasiado extrema. Cuando Elgin llegó a Canadá en enero de 1847, lo hizo con la intención explícita de vindicar la memoria del que fuera su padre político –por supuesto, con el pleno apoyo del gabinete *whig* de Londres–. Por consiguiente, cuando el Partido de la Reforma, liderado por Louis Lafontaine y Robert Baldwin, obtuvo la mayoría parlamentaria, Elgin les pidió que formaran gobierno. Esto provocó la indignación de sus oponentes *tory*, que juzgaron que había entregado el país a los rebeldes y traidores; pero mantuvo al Partido de la Reforma a salvo del contagio revolucionario, un hecho de considerable importancia si tenemos en cuenta que, tal como escribió Elgin a lord Grey, ministro de las Colonias, «la mitad de nuestra población es de origen francés y está profundamente imbuida de simpatías francesas». En lugar de

¹⁵ Thomas C. HOLT, *The Problem of Freedom: Race, Labour and Politics in Jamaica and Britain 1832-1938*, Baltimore, 1992, p. 205.

¹⁶ S. Checkland, *The Elgins*, cit., p. 126. Para una interesante discusión general sobre el año 1848 y el Imperio británico, véase Miles TAYLOR, «The 1848 Revolutions and the British Empire», *Past and Present* 166 (febrero de 2000).

tener que hacer campaña a favor del «gobierno responsable» —con el peligro de que una batalla así escapara al control moderado, tal como sucedió en París en febrero de 1848—, los miembros del Partido de la Reforma vieron sus ambiciones satisfechas por el gobernador general, en nombre de la Corona. A Elgin también le preocupaba la amplia presencia irlandesa, tanto en Canadá como al otro lado de la frontera, en Estados Unidos: las cifras habían crecido a causa de la Gran Hambruna. En Estados Unidos, los fanáticos republicanos y proabrogacionistas estaban, tal como escribió a lord Grey, «incitando a sus compatriotas en Canadá a la rebelión» y amenazando con la invasión; Elgin propuso que toda incursión de estas características «se batiera de inmediato y aplastara eficazmente»¹⁷.

Aunque Elgin aguantó con éxito 1848, se topó con toda la fuerza de una reacción *tory* al año siguiente, en medio del revuelo que suscitó el Proyecto de Ley sobre las Pérdidas de la Rebelión. La población «lealista» de Canadá ya había sido indemnizada por las pérdidas que había sufrido durante la rebelión de 1837; el gobierno de la Reforma proponía ahora indemnizar a la población «desleal», no a los rebeldes propiamente dichos, sino a los francófonos cuya propiedad había quedado destruida. Esto provocó lo que el propio Elgin describiría como «la Rebelión *tory* canadiense de 1849»¹⁸. El 25 de abril, día en el que firmó el proyecto de ley, los *tories* desataron a la multitud orangista en Montreal; conducidos por el jefe del cuerpo de bomberos de la ciudad, prendieron fuego al Parlamento, hasta dejarlo reducido a cenizas. Al día siguiente, Elgin fue apedreado en presencia de un cuerpo de policía que se abstuvo de intervenir, y se vio obligado a abandonar la ciudad por su propia seguridad. Se negó a declarar la ley marcial, prefiriendo dejar que las protestas siguieran su curso; una decisión que le valió la fama de flojo en algunos ambientes.

El período de ocho años durante el cual Elgin fue gobernador general de Canadá quedó coronado por un éxito diplomático: la negociación de un acuerdo comercial con Estados Unidos. El Tratado de Reciprocidad se firmó el 5 de junio de 1854. Elgin renunció a su puesto y regresó a Londres a finales del mismo año, habiendo obtenido un escaño en la Cámara de los Lores por sus servicios en las colonias. Su papel quedó reconocido con el ofrecimiento por parte de lord Palmerston de un puesto en el Consejo de Ministros —*Chancellor* del Ducado de Lancaster—, pero, sin dejar de indicar que sus simpatías políticas estaban todavía del lado de los *whigs*, Elgin prefirió, de momento, seguir siendo independiente. Fue el tan sonado incidente *Arrow* de 1856 el que conduciría a su nombramiento como alto comisionado y plenipotenciario británico en el Imperio manchú.

¹⁷ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 53; J. L. Morison, *Eighth Earl of Elgin*, cit., p. 101.

¹⁸ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 89.

El libre comercio es Jesucristo

La primera Guerra del Opio (1839-1842) había iniciado el proceso de apertura de China, forzando una legalización *de facto* de la droga y una cesión de Hong Kong a los británicos. Merece la pena observar el punto hasta el cual la naturaleza de este conflicto –se trató en efecto de una guerra del opio, librada para asegurar la prosperidad de un negocio que ocupaba una posición cardinal en la vida económica del Imperio británico– todavía o bien se ignora o bien se minimiza en obras históricas por lo demás dignas de renombre. En un ejemplo reciente –la prestigiosa *Oxford History of the British Empire: the nineteenth century* [*Historia Oxford del Imperio británico: el siglo XIX*]– el opio apenas hace aparición en las más de setecientas páginas¹⁹. Esto pese a su importancia económica –se juzga que la droga fue «el negocio en torno a una sola materia prima máspreciado del mundo en el siglo XIX»²⁰– y al hecho de que fuera motivo de tres guerras, una de las cuales provocó la caída del gobierno del momento y dio lugar a unas elecciones generales.

Tal como ha insistido Carl Trocki, el comercio de opio fue «decisivo para la expansión del Imperio británico a finales del siglo XVIII y principios del XIX», tanto por la gran calidad de los ingresos que producía como por la poderosa red que creó de narcocapitalistas «que se beneficiaban del comercio y cuya influencia sirvió de refuerzo del *lobby* imperial a lo largo de todo el siglo XIX». El opio constituía la segunda fuente de ingresos más importante de la administración británica en India y, hasta bien entrada de la década de 1860, también su artículo de exportación más importante²¹. John Wong ha demostrado cómo éste convirtió el déficit comercial británico en China en un superávit considerable, no sólo pagando las importaciones de té y seda británicas, sino, además, proporcionando beneficios ingentes para las compañías de Londres e ingresos sustanciosos para el Estado. El arancel impuesto sobre las importaciones de té a Gran Bretaña bastó para financiar una proporción considerable de los costes de la marina británica durante el siglo XIX. Las ramificaciones del comercio de opio eran, pues, tales que se imponía sostenerlo y protegerlo, aunque esto supusiera la guerra²².

Los chinos, sin embargo, aun después de su humillante y costosa derrota en la primera Guerra del Opio, continuaron resistiéndose a los esfuerzos británicos por incorporarles a su imperio informal. En Londres, había

¹⁹ Andrew PORTER (ed.), *Oxford History of the British Empire: the nineteenth century*, Oxford, 1999.

²⁰ Frederic WAKEMAN Jr., «The Canton Trade and the Opium War», en John K. FAIRBANK, *The Cambridge History of China*, vol. 10, 1ª parte, Londres, 1992, p. 172.

²¹ Carl TROCKI, *Opium, Empire and Global Political Economy*, Londres, 1999, pp. 10, 26, 73-74.

²² JOHN WONG, *Deadly Dreams: Opium, Imperialism and the Arrow War in China*, Cambridge, 1998, pp. 411-412.

una preocupación particular por la negativa china a permitir el acceso a la ciudad de Cantón, que empezó a considerarse cada vez en mayor medida como la clave de las relaciones entre ambos países. La terquedad china respecto a Cantón podría conducir a los chinos, se temía, a oponer resistencia a los británicos y a intentar, una vez más, poner fin al comercio de opio. Por otra parte, una entrada británica con éxito a la ciudad consolidaría la dominación imperial y, simultáneamente, constituiría el trampolín para la apertura de todo el país. Lo que los británicos necesitaban no era sino un pretexto y el incidente del *Arrow*—uno de los episodios más vergonzosos de la historia británica moderna (y no cabe duda de que hay muchos entre los que elegir)— se lo proporcionó.

En octubre de 1856, la policía china de Cantón prendió una presunta embarcación pirata, la lancha *Arrow*, y detuvo a su tripulación china. El cónsul británico protestó, alegando que el *Arrow* estaba abanderado en Hong Kong y que había estado ondeando la bandera del Reino Unido, arriada luego a la fuerza por la policía local. Exigió, asimismo, la liberación de la tripulación y una disculpa. Ante la negativa de las autoridades chinas, el gobernador de Hong Kong, sir John Bowring, respondió con una intervención militar, enviando a los buques de guerra británicos a destruir las fortificaciones chinas y a bombardear Cantón, pese a que la tripulación ya había sido para entonces liberada y pese a descubrirse que el abanderamiento del *Arrow* en Hong Kong había vencido. Más tarde todavía, Bowring averiguaría que la lancha había estado en efecto implicada en piratería²³. No obstante, se aseveró que se había proferido una injuria contra la bandera. Bowring estaba henchido de justa indignación. Hombres y mujeres morirían por esto.

Debería hacerse notar que Bowring no era uno de esos reaccionarios que escupe fuego por la boca, sino uno de los intelectuales liberales más notables de la época, un hombre de fama europea. Había dirigido la *Westminster Review*, era íntimo amigo de Jeremy Bentham (Bentham murió entre sus brazos) y, en calidad de albacea literario suyo, se había encargado de la edición de los once volúmenes de sus *Obras completas*. Antiguo diputado radical, Bowring había apoyado la Carta del Pueblo (*People's Charter*), se había opuesto al comercio de opio en la década de 1840 y había sido partidario de la Sociedad de la Paz y paladín de las causas liberales por todo el continente. Era un lingüista renombrado y un ferviente inconformista; fue, además, autor del himno «In the Cross of Christ I Glory» [«De la cruz de Cristo me enorgullezco»]. Había sido un firme partidario de la Liga contra la Ley del Cereal y estaba incondicionalmente comprometido con la causa del libre comercio. De hecho, combinaba sus dos pasiones hasta el extremo de insistir en una ocasión en que «Jesucristo

²³ Wong ha demostrado que las protestas chinas respecto a que el barco no estaba ondeando la bandera del Reino Unido cuando fue abordado son ciertas con casi total seguridad (*Deadly Dreams*, cit., pp. 9-10).

es el libre comercio y el libre comercio es Jesucristo». Obviamente, el plan para la guerra se presentaría al amparo de los principios del libre comercio. Pese a estar considerado de algún modo como un experto financiero, habían sido sus propias desgracias monetarias las que le habían hecho acabar al servicio del gobierno en China. Se había endeudado personalmente con la gran casa de comercio de opio de Jardine Matheson, una relación cimentada por la participación de su hijo John en la firma. Muchos de los antiguos colegas y amigos radicales de Bowring consideraban que se había vendido a los comerciantes de opio²⁴.

El gobierno de Londres –tal como muestra Wong– ya había dado su autorización para que Bowring aprovechara el primer pretexto para una intervención militar, con miras a abrir Cantón y a preparar el terreno para la revisión del Tratado de Nanjing. No obstante, sería la incapacidad de Bowring para dar con un *casus belli* más convincente lo que conduciría al derrocamiento del gobierno de Palmerston y forzaría unas elecciones generales²⁵. Quizá la afirmación que mejor refleje el planteamiento británico sobre las relaciones con Estados más débiles sea aquella que pronunciara Palmerston, en 1850, de que se estaba acercando rápidamente el momento

en el que nos veremos obligados a dar un nuevo golpe en China [...]. Estos gobiernos medio civilizados, como son los de China, Portugal y la América española, requieren todos cada ocho o diez años una pasada para mantenerlos en orden. Su memoria es demasiado superficial como para recibir una impresión que les dure algo más que un período así [...], no sólo tienen que ver el palo, sino que tienen que sentirlo realmente en sus hombros²⁶.

Había, sin embargo, una oposición importante a esta política, tanto dentro como fuera del Parlamento, que se fue haciendo más fragorosa a medida que la situación en China se deterioraba. El incidente del *Arrow* fue objeto de mofa generalizada como pretexto para la guerra y Bowring recibió considerables críticas. El gobierno decidió apoyarle, aunque sus propios miembros creían que podía haber elegido una ocasión mejor para la confrontación.

Insolencia bárbara

Enfrentado a votos de censura tanto en la Cámara de los Comunes como en la de los Lores, el gobierno tomó la medida inaudita de pedir conse-

²⁴ Para una descripción comprensiva de sir John Bowring, véase George BARTLE, *An Old Radical and His Brood*, Londres, 1994.

²⁵ Véase J. Wong, *Deadly Deams*, cit., pp. 9-10. Para la perspectiva tradicional, véase Douglas HURD, *The Arrow War: An Anglo-Chinese Confusion*, Londres, 1967.

²⁶ John K. FAIRBANK, *Trade and Diplomacy on the China Coast*, Cambridge, MA, 1953, p. 380.

jo al fiscal general del Estado, Richard Bethell, en lo que se refería a la legalidad de su conducta en China. George Douglas, conde de Argyll, recordaba el momento:

Había pasajes aislados en su declaración que me parecían indicar una fuerte hostilidad hacia aquel civil en China demasiado entusiasta que nos había metido en un problema extremadamente grave. Antes de concluir lo que tenía que decir, recuerdo que sacudió la cabeza de un modo que no presagiaba nada bueno, para, a continuación, indicar que, a su juicio, se podría presentar, y probablemente se presentaría, una demanda muy seria contra nosotros en la Cámara de los Comunes sobre cuestiones relativas al derecho internacional [...]. A todos nos pareció muy evidente que, de no ser por su cargo, le gustaría enormemente hacer el papel de primer abogado de la acusación contra nosotros.

Finalmente, resultó que la opinión predominante –alarmantemente moderna– fue que el derecho internacional no era aplicable cuando se trataba con «Estados bárbaros»²⁷.

Mientras que el gobierno sobrevivió a la moción de censura en la Cámara de los Lores, la moción de Richard Cobden fue aprobada en la Cámara de los Comunes el 26 de febrero, por 263 votos contra 247. Palmerston respondió disolviendo el Parlamento y presentándose a unas elecciones generales ferozmente patriotas. Su carta de propaganda electoral, que circulaba por todas partes, empezaba, al mejor estilo de la prensa amarilla: «Un bárbaro insolente, que ejerce la autoridad en Cantón, ha violado la bandera británica»²⁸. El resultado, en abril de 1857, fue una victoria aplastante que quitó de en medio a muchos de los críticos parlamentarios de Palmerston, entre quienes se contó Richard Cobden, que escribió amargamente a su amigo, John Bright, algunos meses más tarde: «considero que, como nación, no somos mucho mejores que los bandidos, los asesinos y los envene-

²⁷ La duquesa viuda de Argyll, *Autobiography and Memoirs of George Douglas, Eighth Earl of Argyll*, vol. 2, Londres, 1906, pp. 68-69.

²⁸ J. WONG, *Deadly Dreams*, cit., p. 231. Justin McCARTHY ofrece un interesante informe del debate en la Cámara de los Comunes en su *A History of Our Own Times*, vol. 3, Londres, 1908, p. 17: «No existe el menor motivo para creer que hubo alguna otra cosa, aparte de la creciente convicción de la insuficiencia de la defensa que se hizo de las medidas tomadas en Cantón, que influyera a la gran mayoría de los que hablaron y votaron a favor de la moción de Mr. Cobden. Lo cierto es que pocas veces ha habido un ejemplo tan flagrante e inexcusable de despótica ilegalidad en el trato de una nación fuerte con una débil. Cuando el debate acababa de empezar, es muy posible que muchos hombres públicos todavía creyeran que iba a presentarse alguna explicación o defensa que les permitiría hacer lo que la Cámara de los Comunes no suele estar muy dispuesta a no hacer –apoyar la acción de un oficial inglés en un país extranjero–. A medida que transcurría la discusión, se fue haciendo cada vez más evidente que no existía tal defensa o explicación. Los hombres se vieron en conciencia obligados a condenar la conducta de sir John Bowring. Se estuvo al borde del absurdo cuando las miserables objeciones y evasivas de los oficiales británicos pasaron a contrastarse con los argumentos cruelmente claros de los chinos».

nadores en el trato que en este momento tenemos con la mitad de la población del mundo»²⁹. Se trataba de un juicio que el hombre enviado por Palmerston para dar a los chinos «una pasada» habría compartido en buena medida.

Una vez nombrado comisionado y plenipotenciario en China, Elgin zarpó hacia Singapur vía Ceilán, donde, muy apropiadamente, embarcó en un navío que portaba mil quinientas cajas de opio. Fue en Singapur –donde visitó «algunas de las horribles tiendas de opio que tanto se supone que tenemos que hacer por fomentar»³⁰– cuando le llegaron noticias del Motín Indio³¹. Elgin ordenó enviar las tropas que iban rumbo a China a ayudar a solucionar esta crisis más urgente; y dándose cuenta de que él mismo no podría hacer nada más donde estaba sin apoyo militar, embarcó hacia India para proporcionar la ayuda que pudiera al sitiado *Raj*³².

El lugar donde mejor queda reflejado el carácter liberal de este hombre es en un pasaje que escribió en Calcuta el 21 de agosto de aquel año:

Sin embargo, es una cosa terrible esta vida entre razas inferiores. Desde que llegué a Oriente, rara vez he escuchado de hombre o mujer una frase que fuera reconciliable con la hipótesis de que la cristiandad haya venido alguna vez al mundo. Reinan el odio, el desprecio, la furia y la venganza, ya sean los chinos o los indios su objeto. Hay cerca de trescientos o cuatrocientos sirvientes en esta casa. La primera vez que uno pasa ante sus zalemas, se siente algo incómodo. Pero la sensación pronto desaparece y uno se mueve entre ellos con perfecta indiferencia, tratándoles no como a perros, porque en ese caso uno les silbaría y les daría palmaditas, sino como a máquinas con las que uno no puede tener ni comunión ni compasión [...]. Cuando las pasiones del miedo y del odio se hallan implantadas sobre esta indiferencia, el resultado es espantoso; una absoluta insensibilidad respecto a los sufrimientos de los objetos de estas pasiones, que hay que ver para poder comprender y creer³³.

Resulta impresionante que una crítica semejante de la *mentalité* imperial haya sido escrita por el hombre enviado a hacer la guerra a China y que

²⁹ Edward STEELE, *Palmerston and Liberalism*, Cambridge, 1991, p. 121.

³⁰ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 189.

³¹ El Motín Indio [*Indian Mutiny*], también conocido como Motín Cipayo [*Sepoy Mutiny*], fue una revuelta que se desencadenó en India contra el dominio británico entre los años 1857 y 1858: en un momento en el que el número de tropas británicas en India era mínimo y el gobierno de la Compañía de las Indias Orientales estaba prácticamente en manos de soldados indios contratados por la administración británica (cipayos), el descontento generalizado dio lugar a motines en numerosas plazas fuertes británicas, acompañados de masacres de soldados y habitantes blancos. Después de varios sitios y batallas, los británicos consiguieron sofocar la revuelta. Como consecuencia, la administración de la Compañía de las Indias Orientales quedó sustituida por el gobierno directo en India de la Corona británica [N. de la T].

³² Imperio británico en India [N. de la T.]

³³ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., pp. 199-200.

más tarde se convertiría en virrey de India. Elgin veía el incidente *Arrow* como «un escándalo [...] y tengo motivos para estar seguro de que como tal es considerado por todos salvo por aquellos pocos que están personalmente implicados». «Nada», escribió en otro lugar, «podría haber más desdeñable que el origen de nuestra actual disputa»³⁴. Esto no iba a impedirle cumplir con su deber.

«Soy amigo de China»

Las fuerzas necesarias para la intervención militar contra los chinos no estuvieron reunidas hasta diciembre de 1858. Los muros de la ciudad de Cantón, como hemos visto, fueron bombardeados el 28 de aquel mes y asaltados al día siguiente. La conducta de los soldados y marinos británicos y franceses horrorizó a Elgin. El 16 de enero de 1858, escribió que se estaba planteando abandonar la ciudad si no se podía imponer la disciplina. Se negaba, tal como él mismo lo expresó, «a aceptar la función de opresor de los débiles». Cuando la expedición dejó finalmente Cantón, se felicitó por sus esfuerzos por «frenar [...] la predisposición a maltratar a este pueblo desafortunado». No cabe duda de que su comediamento indignó a muchos de entre la comunidad británica. «Los misioneros», observó Oliphant, «se quejaban de que no hubiéramos [...] entregado Cantón al pillaje y a la carnicería»³⁵.

El avance anglo-francés hacia Pekín se detuvo en los fuertes de Dagu, que protegían la desembocadura del Baihe y cerraban el camino ribereño hacia la capital. Elgin intentó entablar negociaciones, pero al quedar éstas en nada, se dio la orden de atacar. Una vez más, la resistencia china resultó inútil y la toma de los fuertes se produjo con sólo leves bajas aliadas (los británicos tuvieron cinco muertos y diecisiete heridos; los franceses, seis y sesenta y uno, respectivamente). La expedición ocupó Tianjin a finales de mayo y el emperador finalmente se rindió. El Tratado de Tientsin, concertado en esta ciudad el 26 de junio de 1858, premiaba a Gran Bretaña con un millón de libras esterlinas de indemnización, la apertura del río Yangtsé y cinco nuevos puertos que el tratado obligaba a China a mantener abiertos al comercio exterior. El emperador accedió al nombramiento de un embajador británico en Pekín —se concedió el puesto al hermano de Elgin, Frederick Bruce— y, finalmente, a la legalización del comercio de opio.

Elgin reconocía que las negociaciones en Tianjin no eran mucho más que un ejercicio de extorsión armada. Describía sus métodos diplomáticos como «luchar e intimidar y conseguir que los pobres comisionados acep-

³⁴ J. L. Morison, *Eighth Earl of Elgin*, cit., p. 212.

³⁵ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 220, 224-225; Margaret OLIPHANT, *Memoir of the Life of Laurence Oliphant*, Edimburgo, 1892, p. 135.

ten un punto tras otro». Cuando las conversaciones llegaron, en el último momento, a un punto muerto, Elgin envió a su hermano a informar a los comisionados chinos de que «si se entretenían o se echaban atrás, me vería en la obligación de dar por cerradas las negociaciones, ir a Pekín y exigir mucho más». Sin embargo, continuaba su mensaje, aunque «me he visto forzado a actuar casi brutalmente, soy amigo de China en todo esto». Al mismo tiempo, escribía a su mujer en Gran Bretaña que «he visto más cosas que me repugnan junto a mis compatriotas de las que he visto a lo largo de toda mi vida anterior, dado que me ha sido dado encontrármelos en Oriente entre poblaciones demasiado tímidas para resistir y demasiado ignorantes para protestar [...]. Hay en mí un instinto que ama la rectitud y odia la iniquidad y todo esto me mantiene en un estado de indignación permanente». ¿Cómo reconciliaba Elgin tales sentimientos con sus acciones depredatorias? El 6 de noviembre de 1858, explicó lo siguiente:

Estoy seguro de que en nuestras relaciones con estos chinos hemos procedido de forma escandalosa y no hubiera tomado parte en los grados de violencia que ha habido si no hubiera creído que podría lograr algo bueno para ellos [...]; cualquiera podría haber conseguido el Tratado de Tientsin. Lo que hizo la hazaña verdaderamente meritoria fue que se hubiera conseguido a un coste tan bajo en sufrimiento humano.

Lo que abatió a Elgin fue que el tratado fuera mal recibido por la comunidad británica en China, no por sus condiciones, sino, precisamente, porque se había logrado «a un coste tan bajo», cuando lo que hubieran querido era la imposición de la «miseria y la desolación» en todo el país³⁶.

Aprovechándose de su éxito en Tianjin, Elgin embarcó a continuación hacia Japón. Aunque iba en una fragata de vapor, el buque de guerra real *HMS Retribution [Justo Castigo]*, únicamente acompañado por un cañonero, el Shogunado había quedado adecuadamente impresionado por la suerte de los manchús y, el 26 de agosto de 1858, Elgin firmó el Tratado de Yedo, por el cual varios puertos japoneses quedaban abiertos al comercio. El tratado no hacía ningún intento de imponer el opio a Japón³⁷.

Japón dejó una profunda impresión en Elgin, que encontró en aquel país «un tipo de sistema feudal en vigor [...]. Un gobierno perfectamente paternal, un pueblo perfectamente filial; una comunidad completamente independiente desde el punto de vista económico; paz interior y exterior; ni

³⁶ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit, pp. 252-253, 280.

³⁷ Sobre las relaciones anglo-japonesas, véase en particular Grace Fox, *Britain and Japan 1858-1883*, Londres, 1969; sobre la determinación japonesa a no dejar entrar el comercio del opio, véase John M. JENNINGS, *The Opium Empire: Japanese Imperialism and Drug Trafficking in Asia*, Westport, CT, 1997. Tal como demuestra Jennings, una vez que Japón se hubo transformado en un Estado imperialista moderno, empezó a tomar parte en el comercio de narcóticos.

penuria ni hostilidad entre clases». Elgin temía lo que sería de esta utopía feudal una vez que estuviera en obligado contacto con Occidente: «De aquí a veinte años, ¿cuál será la diferencia?». Oliphant estaba, si cabe, todavía más seducido. La comparación con China «era notable» y no recordaba ni «una sola asociación desagradable que enturbiara nuestros recuerdos de aquel delicioso país». El sistema educativo era particularmente impresionante: «existe en Japón un sistema de educación nacional más extendido que en nuestro propio país; y [...] en este sentido, aunque sólo en él, se encuentran, en todos los casos, decididamente por delante de nosotros»³⁸.

A su regreso a China, Elgin decidió llevar a cabo una expedición armada (con cinco buques de guerra) río Yangtsé arriba, con miras a establecer el derecho de paso británico. Aunque las autoridades manchú ya habían dado su consentimiento sobre este punto, gran parte del río estaba en manos de los rebeldes *taipings* y Elgin tenía interés en hacerles una demostración del poder británico³⁹. Es tal vez posible que el comedimiento fuera procedente en el trato con los manchús, pero no había tales inhibiciones cuando se trataba de «esos seres extraños, los rebeldes chinos»⁴⁰. El relato de Oliphant de la expedición habría proporcionado un material excelente a Joseph Conrad. El 20 de noviembre de 1858, las baterías *taipings*, confundiendo a los manchús, dispararon sobre ellos. Elgin decidió dar un castigo ejemplar a estos puestos rebeldes y resolvió volver a visitarles al día siguiente. Sus cinco buques de guerra escupieron, según Oliphant, «un aluvión de balas, obuses y cohetes sobre las baterías». Aquello duró una hora y media, lapso de tiempo en el que sólo una embarcación británica fue alcanzada por el fuego de la respuesta enemiga, sin sufrir baja alguna. Desde el mastelerillo de juanete mayor, Elgin observó a los defensores «escapando como conejos de algún punto en el que un obús de fragmentación acababa de explotar, esparciendo pedazos por doquier y propagando la consternación».

Los insurgentes, no obstante, no habían recibido suficiente y, algo más tarde el mismo día, dispararon en respuesta sobre los británicos. Su batería saltó finalmente por los aires cuando un proyectil alcanzó el almacén de explosivos, «con gran regocijo de todos». Para entonces, una gran multitud se había reunido fuera de los muros de una ciudad cercana para mirar el transcurso de los acontecimientos. «Les lanzamos un obús de

³⁸ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 271; L. Oliphant, *Narrative of the Earl of Elgin's Mission to China and Japan*, cit., pp. 51, 179.

³⁹ La revolución Taiping, todavía apenas conocida en Occidente, constituyó el mayor estallido revolucionario del siglo XIX. Para la historia del movimiento y documentos, véanse en particular los tres volúmenes de Franz MICHAEL, *The Taiping Revolution*, Seattle, 1972. La relación de Gran Bretaña con el movimiento y su participación en la represión del mismo aún requiere de bastante investigación; no obstante, véase John GREGORY, *Great Britain and the Taipings*, Londres, 1969.

⁴⁰ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 282.

veinticinco centímetros, sólo para darles una idea de nuestro armamento»⁴¹. Adecuadamente impresionados, los *taipings* proveyeron las necesarias garantías; de hecho, esperaban poder aliarse con los británicos contra los manchús. Pero, aunque en otro tiempo se les había visto con buenos ojos en Londres, tras el Tratado de Tientsin los rebeldes empezaron a ser considerados cada vez en mayor grado como un problema que, con el tiempo, habría que solucionar.

Vengar Dagu

Elgin volvió a Gran Bretaña en mayo de 1859, con una reputación considerablemente mejorada. Aceptó el cargo de director general de Correos, un puesto de gabinete en el gobierno de Palmerston, tomó posesión como rector de la Universidad de Glasgow y fue nombrado ciudadano honorífico de la ciudad de Londres. A su regreso a China, sin embargo, sus logros estaban ya empezando a desbaratarse. Con frecuencia, se ha culpado de ello a las dobleces de los manchús que, habiéndoseles impuesto un tratado por la fuerza bruta, intentaban evitar aplicarlo; sin embargo, aunque esto hubiera sido comprensible, lejos estaba de ser cierto. Frederick Bruce, el nuevo embajador de Pekín, se había empeñado en hacer un viaje triunfante hacia la capital, Baihe arriba, acompañado de una gran fuerza militar. Los chinos le propusieron un séquito más modesto y otra ruta, apenas un intento de incumplir el tratado. El embajador estadounidense, John Ward, con una escolta de veinte personas, realizó el viaje con el debido cuidado para con las susceptibilidades manchús y fue recibido con «gran consideración y respeto, con una atención y una cortesía ininterrumpidas»⁴². Bruce, sin embargo, no sólo se negó a transigir, sino que decidió dar a los chinos una nueva lección. El 25 de junio de 1859, ordenó al almirante sir James Hope dejar libre la ruta del Baihe.

En la subsiguiente batalla, con los fuertes de Dagu para entonces restaurados, los demasiado confiados británicos sufrieron una derrota aplastante: cinco barcos británicos resultaron hundidos o inutilizados y, cuando las tropas consiguieron llegar a tierra para un ataque frontal, se vieron obligadas a batirse en retirada, con fuertes pérdidas. El Repliegue de Dagu, una de las derrotas más graves de la historia imperial británica, costó la vida de 519 soldados y marinos británicos; otros 456 resultaron heridos. La conmoción fue tal que algunos de los combatientes británicos se negaron a creer que habían sido los chinos los responsables. El joven Jack Fisher (un futuro ministro de Marina) escribió a su casa: «en mi opinión, deben de haber sido rusos; ningún chino ha combatido nunca como lo hacían esos hombres»⁴³.

⁴¹ L. Oliphant, *Narrative of the Earl of Elgin's Mission to China and Japan*, cit., p. 317-318.

⁴² Immanuel Hsu, *The Rise of Modern China*, Oxford, 1983, p. 214.

⁴³ Gerald GRAHAM, *The China Station: War and Diplomacy 1830-1860*, Cambridge, MA, 1974, p. 377.

Alentado por este radical cambio de suerte, el emperador repudió el tratado. Elgin tendría que regresar para salvar la situación y restaurar el prestigio británico.

Elgin partió de nuevo hacia China el 26 de abril de 1860, con instrucciones de ocupar Pekín si era necesario. Durante el camino, sacó tiempo para leer *El origen de las especies* y el relato recién publicado de William Howard Russel sobre la represión del Motín Indio, *My Diary in India*. Elgin estaba sumamente impresionado:

Me ha entristecido mucho; pero no hace sino confirmar lo que creía antes respecto al escandaloso trato que los nativos reciben a manos nuestras en India. Me alegro de que [el autor] haya tenido el coraje de decir lo que piensa sobre este aspecto. ¿Puedo hacer algo para evitar que Inglaterra lance sobre sí la ira de Dios por las brutalidades cometidas contra otra débil raza oriental? ¿O van a dar todos mis esfuerzos únicamente como resultado la extensión del área sobre la que los ingleses demostrarán lo vacías y superficiales que son tanto su civilización como su cristiandad?⁴⁴

Con el cuñado de Elgin, el general sir Hope Grant, al mando, la expedición reunida en esta ocasión para el asalto a los fuertes de Dagu era considerablemente más numerosa –13.000 tropas británicas y 7.000 francesas– que la de 1858. Grant no asumió ningún riesgo. Su ataque al fuerte más septentrional, el 21 de agosto, vino precedido de un despiadado bombardeo de artillería. La fortaleza sufrió una violenta sacudida cuando un proyectil alcanzó su almacén de explosivos, pero la guarnición continuó luchando. Finalmente, fue tomada por asalto. Las bajas británicas y francesas fueron de 360 hombres, entre muertos y heridos; los chinos perdieron por lo menos 2.000. El reverendo R. J. L. M'Ghee, capellán de la expedición, escribió de los horrores que se pudieron ver dentro del fuerte, donde la artillería Armstrong había actuado con unos efectos mortíferos: «era en verdad un espectáculo espantoso; extremidades que habían salido despedidas, cuerpos que literalmente habían estallado en pedazos, un revoltijo negro y amoratado de sangre y heridas». Únicamente podía dar gracias de que «desde que existen armas como éstas, estén en nuestras manos, que las utilizarán más para preservar la paz del mundo que para llevar alguna vez a cabo una guerra agresiva o injusta»⁴⁵.

⁴⁴ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 325.

⁴⁵ Rev. R. J. L. M'GHEE, *How We Got To Peking*, Londres, 1862, pp. 114-115. La escena en el Fuerte Norte fue fotografiada por Felice Beato, un fotógrafo comercial cuyo testimonio fotográfico de la expedición tiene «un punto de vista ideológico y coherente, que celebra a los británicos como potencia colonial»: David HARRIS, *Of Battle and Beauty: Felice Beato's Photographs of China*, Santa Bárbara, 1999, p. 27. Véase también Isobel CROMBIE, «China, 1860: A Photographic Album by Felice Beato», *History of Photography* II, 1 (enero-marzo de 1987).

La utilización de la artillería por parte de Grant como seguro contra la derrota convirtió la campaña en una serie de masacres tecnológicas, intercaladas con fases de saqueo; pero hubo un reconocimiento general de que las tropas chinas habían hecho gala de un coraje considerable en situaciones a menudo desesperadas. Tan impresionado estaba un participante por la actuación de los defensores del fuerte de Dagu («Ningún hombre podría haberse comportado mejor que ellos») que recomendó reclutar tropas chinas para ayudar a guarnecer India, alabándolas por su docilidad y buena disposición a la disciplina, así como por su inteligencia y valentía. Recomendó, como mínimo, crear «un cuerpo experimental anglo-chino»⁴⁶.

El honor británico había quedado mancillado con el Repliegue de Dagu. Ahora, se restablecía públicamente. A este fin, el asalto del fuerte vino acompañado de la entrega de nada menos que seis Cruces de Victoria⁴⁷. Había que reafirmar enérgicamente el valor militar británico. Un detalle característico de ello lo tenemos en la publicidad concedida a un incidente que tuvo lugar unos días antes del asalto al fuerte. El 12 de agosto, dos soldados británicos, un sargento y un soldado raso, habían sido apresados por la caballería manchú. Cuando el sargento quedó finalmente puesto en libertad, informó de que el soldado Moyes había perdido la vida a manos de sus apresadores por negarse a doblegarse ante ellos. Al infortunado Moyes se le proclamó héroe y mártir, aunque había bastante escepticismo acerca de la veracidad del incidente. Circulaba una versión según la cual a ambos hombres les habían cogido borrachos y el sargento, «ya fuera por los efectos del maltrato o por un deseo de ocultar sus faltas, no podía o no estaba dispuesto a dar ninguna versión conexas de su captura»⁴⁸.

No obstante, hacía falta un héroe y Moyes acabó viéndose inmortalizado en la poesía patriótica de la pluma, entre otros, de sir Francis Doyle:

Hoy, bajo el ceño del enemigo
 ocupa él el lugar de Elgin,
 embajador de la corona de Gran Bretaña
 y modelo de toda su raza⁴⁹.

⁴⁶ David RENNIE, *The British Arms in North China and Japan*, Londres, 1864, pp. 122-124.

⁴⁷ *Victoria Cross*: máxima condecoración de las fuerzas armadas de la Commonwealth. Recibe su nombre de la reina Victoria (1819-1901), que la instituyó en 1856 [N. de la T.].

⁴⁸ Teniente coronel Garnet J. WOLSELEY, *Narrative of the War with China in 1860*, Londres, 1862, p. 112.

⁴⁹ En el original: *Today, beneath the foeman's frown, / He stands in Elgin's place, / Ambassador from Britain's crown / And type of all her race*. En Chris BROOKS y Peter FAULKNER, *The White Man's Burdens: An Anthology of British Poetry of the Empire*, Exeter, 1996, pp. 204-205. Curiosamente, sin embargo, las hazañas del cuerpo expedicionario de Elgin no lograron dominar automáticamente la prensa británica ni cautivar la imaginación pública; a lo largo de este período, el *Illustrated London News* dio bastante mayor cobertura a las hazañas de

A Elgin se le encomendaría ahora el cometido de imponer las condiciones británicas a los manchús de forma determinante y de asegurar, simultáneamente, que la dinastía se mantendría lo suficientemente fuerte como para combatir a los *taipings*. Esto condujo a una situación en la que las tropas británicas y francesas se encontraron defendiendo Shangai en nombre del emperador *qing* contra un ejército *taiping* capitaneado por Li Xiucheng al mismo tiempo que la expedición anglo-francesa se hallaba atacando el fuerte de Dagu⁵⁰. Estos malabarismos metieron a Elgin en toda una sucesión de intentos repetidos de negociar en lugar de avanzar sobre Pekín –intentos que fracasaron debido al peso de la facción guerrera en la corte *qing*–. Al final, después de que las tropas chinas apresaran a un grupo en el que se encontraban Harry Parkes y el secretario de Elgin, Henry Brougham Loch, mientras las negociaciones seguían todavía aparentemente abiertas, Elgin decidió que no había otra alternativa que asaltar la propia capital.

En el Palacio de Verano

El avance anglo-francés vino acompañado de asesinatos de prisioneros, represalias contra la población civil y saqueos generalizados. De hecho, el deterioro de la disciplina fue tal que hubo soldados del LX Regimiento que robaron a Elgin y a Grant su propia reserva personal de vino (apenas mil quinientas botellas). Por fin, el 5 de octubre de 1860, los aliados llegaron ante los muros de Pekín. Lo que vino a continuación fue, en palabras de un oficial británico, «un día memorable en la historia del pillaje y la destrucción». Con los franceses a la cabeza, los oficiales y hombres cayeron sobre el Palacio de Verano del emperador, un extenso parque ornamental con un palacio y cerca de cuarenta pabellones, a las afueras de la ciudad⁵¹.

Dunne, del IC Regimiento, hizo todo lo posible por explicar el pillaje a los lectores en su país. «La gente», observaba, «no saquea palacios todos los días». Intentó pintar la escena de un modo que su audiencia entendería: «Imagínense Christie's, Hunt and Roskell's, Howell and James's, media docena de relojerías, dos o tres tapicerías y esa tienda de abanicos tan fina de Regent Street, todo bajo el mismo techo, e imagínense a continuación, si es que pueden, cuáles serían sus sensaciones si les dijeran que

Garibaldi en Sicilia y al papel que desempeñaron los voluntarios británicos que prestaron servicio bajo sus órdenes que a la guerra de China. El imperialismo no ejercía todavía la hegemonía cultural que iba a adquirir en la década de 1880.

⁵⁰ Para una crítica del papel británico en la defensa de Shangai, véase Augustus LINDLEY, *Ti-ping Tien Kwob: The History of the Ti-Ping Revolution*, Londres, 1866, p. 277-279.

⁵¹ D. Rennie, *British Arms in North China and Japan*, cit., p. 208; John DUNNE, *From Calcutta to Peking*, Londres, 1861, p. 128; respecto al Palacio de Verano, véase Carroll BROWN MALONE, *History of the Peking Summer Palaces Under the Ch'ing Dynasty*, Urbana, 1934.

[...] pueden hacer lo que les plazca en el lugar durante apenas diez minutos»⁵². Elgin fue a verlo con sus propios ojos:

Acabo de regresar del Palacio de Verano. Se trata de algo realmente exquisito, como un parque inglés: innumerables edificios con espléndidas habitaciones y repletos de curiosidades chinas y espléndidos relojes, bronce, etc. Pero ¡ay!, ¡qué escena de desolación! [...]. No había ni una sola habitación de las que vi en la que no se hubieran llevado o hecho pedazos la mitad de las cosas [...]. Saquear y devastar un lugar como éste ya es de por sí malo, pero lo que es mucho peor es la dilapidación y el destrozo. De una propiedad con un valor de un millón de libras esterlinas, me atrevería a decir que no se sacarían ni las cincuenta mil. Los soldados franceses estaban destrozando de todas las formas imaginables las más bellas sedas, rompiendo los ornamentos de jade y porcelana, etc. La guerra es algo odioso. Cuanto más ve uno de ella, más la detesta⁵³.

Una vez más, sin embargo, su capacidad para prodigarse en lamentos vendría a verse contradicha por sus acciones. El 18 de octubre, en represalia por la muerte de prisioneros aliados a manos chinas –trece de los veintiséis prisioneros británicos y ocho de los trece franceses habían muerto a causa de los malos tratos recibidos, equivalentes a torturas–, Elgin ordenó la destrucción del Palacio de Verano. Entre los enviados a llevar a cabo el trabajo, estaba Charles Gordon, más tarde convertido en «mártir» en Jartum:

En consecuencia, salimos y, después de saquear todo el lugar, lo quemamos entero, destruyendo de forma vandálica un inmueble sumamente valioso que no se repondría ni con cuatro millones de libras [...]. Difícilmente podrán imaginar la belleza y la magnificencia de los lugares que incendiamos. Dolía en el corazón incendiarlos; de hecho, los palacios eran tan vastos y el tiempo apremiaba tanto que no pudimos saquearlos con cuidado. Montañas de ornamentos de oro se quemaron, como si se tratara de latón. Fue un trabajo desconsoladoramente desmoralizante [...]. Todo el mundo andaba loco por saquear⁵⁴.

El propio Gordon se apoderó de un trono que donó a su regimiento. Llevó dos días terminar la destrucción; «lamentablemente, muchas de las casas de campesinos contiguas al contagioso fuego habían prendido y se vieron rápidamente reducidas a cenizas»⁵⁵.

Los franceses consideraron la decisión de Elgin «un acto de barbarismo propio de los godos», pero, de hecho, tal decisión partió la espina dorsal

⁵² J. Dunne, *From Calcutta to Peking*, cit., p. 131.

⁵³ Th. Walrond (ed.), *The Life and Diaries of the Eighth Lord Elgin*, cit., p. 361-362.

⁵⁴ Demetrius BOULGER, *The Life of Gordon*, Londres, 1896, p. 45-46.

⁵⁵ Robert SWINHOE, *Narrative of the North China Campaign of 1860*, Londres, 1861, p. 336.

de la resistencia china. El 24 de octubre, Elgin entró en Pekín triunfante, transportado «en una silla de manos de grandes proporciones, pintada de rojo y adornada aquí y allá con largas borlas colgantes de muchos colores». Iba acompañado de cien unidades de caballería y cuatrocientas de infantería. Tal como observó el coronel Wolseley:

Una procesión militar siempre resulta un espectáculo imponente, [pero] marchar sobre una gran ciudad que acababa de capitular ante nosotros, con el propósito de obtener un reconocimiento público de nuestra superioridad nacional y una concesión de todas las peticiones que habíamos hecho [...], era una circunstancia verdaderamente gratificante para todo aquel que tomara parte en ella y un motivo de orgullo muy justo para todo súbdito británico⁵⁶.

Los manchús se vieron obligados a ratificar las condiciones del Tratado de Tientsin, junto con una Convención de Pekín adicional, que incrementaba la magnitud de la indemnización, abría el puerto de Tianjin al comercio exterior y entregaba la península de Kowloon a Gran Bretaña. Y aunque Elgin no pudo reclamar un trofeo de tanto valor como los mármoles del Partenón, «los trajes de ceremonias y tronos del Palacio de Verano se trajeron a Inglaterra, donde hoy honran ese monumento al imperialismo inglés que es el Victoria and Albert Museum»⁵⁷.

El éxito de Elgin en China aseguró su nombramiento como virrey de India en marzo de 1862. Según lord Granville, se había «hecho inevitable». Él se veía a sí mismo como un continuador de las políticas de lord Canning en el subcontinente, «tapando un pequeño agujero aquí, moviendo un poco de polvo allá –todo muy modesto y una parte bastante desagradable»⁵⁸. En el breve período en el que fue virrey, Elgin llegó a tener su propia (y «bastante desagradable») guerra fronteriza: la campaña de Ambela, que costó más de doscientos vidas a las tropas británicas. La sensibilidad liberal se mantenía, no obstante, todavía intacta, tal como muestra su negativa a indultar a un soldado británico sentenciado a muerte por ase-

⁵⁶ Coronel Wolseley, *Narrative of the War with China*, cit., p. 262. Wolseley pasaría a convertirse en el comandante en jefe del ejército británico en 1895. En sus memorias, volvió sobre la campaña de China de 1860 y, mirando al futuro, escribió: «No existe nación, tan grande numéricamente como China, cuyas costumbres y modos de vida sean tan generalmente comunes en todas las regiones de su vasto imperio. A mis ojos, los chinos constituyen la raza más extraordinaria de la tierra y siempre he pensado y todavía creo que serán los próximos grandes soberanos del mundo. No les hace falta más que un Pedro el Grande o un Napoleón chino que les convierta en tales. Tienen todas las cualidades necesarias del buen soldado y del buen marino y, en mi mera especulación sobre el futuro de este mundo, hace tiempo que les he elegido como combatientes en uno de los bandos de la gran batalla del fin del mundo, con el pueblo de Estados Unidos como adversario»: WOLSELEY, *The Story of a Soldier's Life*, Londres, 1903, p. 2.

⁵⁷ Frederic WAKEMAN Jr., *The Fall of Imperial China*, Nueva York, 1975, p. 162.

⁵⁸ Sarvepalli GOPAL, *British Policy in India 1858-1905*, Londres, 1965, p. 59.

sinar a un indio. El crimen, declaró Elgin, se había llevado a cabo «bajo un impulso que se habría resistido de habersele dado a la vida del nativo el valor de la de un perro»⁵⁹. La decisión indignó a la opinión pública anglo-india. Sin embargo, el 22 de octubre de 1863, apenas un año después de su llegada a India, Elgin sufrió un grave ataque al corazón; murió el 20 de noviembre. Sólo tenía cincuenta y dos años; había todos los motivos para esperar que un mandato exitoso en India le conduciría a los máximos cargos políticos en Gran Bretaña: ministro de Asuntos Exteriores y, quizá, incluso primer ministro. Su inevitabilidad se vio, pues, repentinamente interrumpida.

¿Cómo sostuvo Elgin a lo largo de toda su vida la contradicción –en muchos sentidos tan emblemática de la Inglaterra liberal– que le dejó lamentando en privado acciones que llevó a cabo en público, mientras deploraba simultáneamente el carácter de aquellos que se beneficiarían de sus actos? En parte, se trataba de interés propio. Su empobrecido (comparativamente) origen aristocrático hacía de una carrera político-diplomática exitosa una necesidad absoluta. Asimismo, estaba convencido de que, por muy brutales que fueran las políticas que llevara a cabo, podía, al menos en cierta medida, moderar sus efectos. El camino hacia Pekín estaba pavimentado de tales propósitos. De vez en cuando, Elgin era ciertamente capaz de una brutalidad inimaginable, ya fuera a la hora de ordenar la masacre de los *taipings* o la destrucción del Palacio de Verano. Por otra parte, hay que comparar las aspiraciones de Elgin con la realidad persistente de la guerra imperial. Su secretario en la segunda expedición china, Henry Brougham Loch, describió los efectos de la ocupación militar de la ciudad de Pehtang en julio de 1860, que

exigió la expulsión de muchos de los habitantes de sus casas; esto se hizo con la mayor amabilidad posible [...]; hubo que derribar calles enteras; la gente no tenía a donde ir, ni dinero ni comida; ancianas que no habían salido durante años de su casa se encontraron de repente sin un techo que las cobijara y deambulaban vacilantes en un estado de miseria indefensa.

La ciudad, observaba Loch, había tenido 20.000 habitantes: «nunca podríamos decir con certeza qué fue de la gran mayoría de aquella población»⁶⁰.

⁵⁹ Mark BENCE-JONES, *The Viceroy of India*, Nueva Delhi, p. 44.

⁶⁰ Henry BROUGHAM LOCH, *Personal Narrative of Occurrences during Lord Elgin's Second Embassy to China in 1860*, Londres, 1900, p. 29.